

## Josep Maria Subirachs

**D**ECIR de un hombre "me parece un genio", no presupone que uno considere geniales todas sus obras. Tal perogrullada —poco genial— puede aplicarse a todos los creadores que en el mundo han sido. Parte de la obra de Picasso me parece o un simple experimento o una broma, o una tomadura de pelo. "Ana Karenina", de Tolstói, es material inferior, lo mismo que "Las noches blancas", de Dostoievski. Entre las greguerías de Ramón Gómez de la Serna —un genio— las hay que son gratuitas, fáciles carambolas verbales. No toda la música de Bach traspasa la barrera; hay piezas suyas monótonas hasta la irritación. Tampoco todas las catedrales son como la de Colonia o la de Santiago de Compostela. Tampoco toda la obra escultórica de Henry Moore alcanza la máxima dimensión.

Estoy hablando, aunque sea por banda o de rebote, de Josep Maria Subirachs, artista nacido en Barcelona el año 1927 y que acaba de recibir el encargo de su vida y tal vez de su muerte. Hace muchos años que admiro su genio —no me importa usar esta palabra—, pese a que un determinado número de obras suyas me producen rechazo. A un amigo mío gerundense le oí decir: "Es un escultor como una catedral" (metáfora sorprendente, pero de uso común). Pues bien, a partir de ahora le pertenece la fachada de la Pasión de esa catedral única que es la Sagrada Familia, de Gaudí. Ahí debe de encontrarse él consigo mismo y, tal vez, con Dios. Ahí se lo juega todo a una carta, algo que le ocurrió a Miguel Ángel cuando le encargaron la Capilla Sixtina.

Me ha venido esto a las mientes porque vi hace unas pocas semanas un reportaje televisivo en el que Josep Maria Subirachs, con su cuerpo de apariencia frágil y sus gafas de miopía, declaraba que era más bien agnóstico y que trataría con el más profundo respeto la figura de Jesús, "porque era una gran figura histórica". A mi lado, alguien se levantó de la silla, se soliviantó. Tuve que apaciguarle. Tuve que recordarle que buena parte de las obras de arte religiosas, en arquitectura, en pintura y en escultura, ha sido realizada por agnósticos y ateos. Que la fe no es condición indispensable para que la mano del artista alcance el más allá. Visitemos el Museo del Vaticano y hagamos una encuesta mental en relación con los autores de aquellos centenares de Virgenes, Jesús-niño, Jesús crucificado, ángeles y demás potestades celestiales. ¿Cuántos de ellos creían en Dios, en que Jesús era —es— Dios y en la vida eterna? Sin duda muchos de ellos "habían aceptado el encargo" y sanseacabó. Un ejemplo no muy lejano lo tenemos en el italiano Giacomo Manzù, escultor comunista y ateo, poseedor del premio Lenin de la Paz, a quien Juan XXIII encargó un busto personal, el de muchos cardenales y nada menos que las puertas de bronce de la basílica de San Pedro.

Por lo demás, la vida tiene aflijidos y el cerebro, a veces, huye hacia regiones inesperadas. ¿Quién reconocería a Voltaire en esta súplica: "Oh Dios irrecognocido, a quien todas tus obras proclaman. Oh Dios, escucha estas mis últimas palabras. Si alguna vez he errado, ha sido buscando tu ley. Mi corazón puede extraviarse,



pero está lleno de ti"? Pero hay más. En su testamento, que dictó a su secretario, puede leerse: "Muerdo adorando a Dios, amando a mis amigos, sin odiar a mis enemigos y detestando la superstición".

**A**SI que sólo Dios —el Dios de Voltaire, de Manzù, de Gaudí...— puede saber lo que le ocurrirá a Josep Maria Subirachs a medida que se adentre en su trabajo, cuya duración se calcula en quince años. ¡Quince años enfrentándose a las llagas de Cristo, a su Cruz, a la Virgen, a la multitud que les seguía hacia el Gólgota! Tal vez el escultor permanezca más pétreo que nunca, tal vez oiga una llamada misteriosa que trastoque su corazón. Sin el menor deseo de enfatizar el hecho, no es lo mismo diseñar el submarino que imaginó Monturiol que trabajar durante quince años en la Sagrada Familia. La Sagrada Familia tiene algo especial, inimitable, que se eleva múltiple hacia el cielo y no sólo para que los japoneses —sintoístas, ateos muchos de ellos— se entusiasmen y disparen sus máquinas fotográficas. Es la obra cumbre de un auténtico genio, autor también de obras inferiores, que vivió con humildad y murió aplastado por un tranvía.

Josep Maria Subirachs tiene ahora cincuenta y ocho años. Quince años más y se plantará en los setenta y tres, y en el pórtico del siglo XXI. Debe de estar muy seguro de sus fuerzas para suponer que su cerebro, sus ojos, sus brazos y sus manos resistirán semejante prueba. Siempre me ha llamado la atención que muchos músicos "inmortales" nos dijeran adiós a muy temprana edad: Mozart, Schubert, Chopin... dejando tras sí una producción vasta, estelar. Con Josep Maria Subirachs no va a ocurrir eso. Su obra es obra de años. Deberá trabajar cuando entre en la tercera edad y mucho después. Cuando, si fuera catedrático, atendiendo a las nuevas leyes ya le habrían jubilado. Me vienen

a la memoria la longevidad de Enric Monjo —que fue profesor de Josep Maria Subirachs— y la de Federico Marés (noventa y tres años, impresionante lucidez). Posiblemente Josep Maria Subirachs pertenezca a esa estirpe. Su fibra interior, su indomable fuerza, sus condiciones de líder —deberá apoyarse en un equipo de ayudantes— permiten creerlo así, como les ocurrió a los grandes maestros del Renacimiento. "Todo lo puedo en Aquel que me conforta." Confiemos en que Aquel confortará a Josep Maria Subirachs, que ya está entregado por completo —alma, corazón y vida— a su labor en el tiempo y el espacio.

**E**L tema religioso está arraigado en lo más hondo del hombre. Le Corbusier, ateo, se sorprendió a sí mismo preso de un cierto temblor al terminar su maravillosa iglesia en Rocham. Papini estaba asustado al empezar su obra "Historia de Cristo" y la escribió de un tirón, casi sin tachaduras, en una habitación caldeada con una modesta estufa humeante. Tocando el tema religioso, si se ha prescindido de los sarcasmos del diablo, se expone uno a escuchar ecos lejanos, aleteo de espíritus, a sentirse instalado en una dimensión que no es la acostumbrada. ¿No le ocurriría eso a Pasolini, el pecador, al filmar, inesperadamente, su revolucionaria película sobre la vida de Jesús?

La Sagrada Familia... El tiempo actualmente más famoso, y no sólo de la cristiandad. Josep Maria Subirachs afirma que ninguno de nosotros verá terminada la obra. Es muy posible que tenga razón. Esta va desarrollándose, elevándose, poco a poco, a trancas y barrancas, a prueba de guerras civiles, de ineptitudes, de polémicas bizantinas, de discusiones sin término sobre lo que Gaudí "hubiera deseado hacer". Al parecer existe, al respecto, una extrema confusión. Los planos no estaban minuciosamente acabados. Quedaba lugar para la pronta inspiración. Gaudí era de este modo y por ello murió aplastado por un tranvía. Por lo demás, el caso no es único. La mayor parte de las catedrales, empezando por la de Girona, que me es especialmente grata —la amplitud de la bóveda no tiene parigual—, en su ejecución han durado siglos y dan testimonio de los diversos estilos y tendencias a los que el paso del tiempo ha rendido tributo.

Es de desear, sí, que a Josep Maria Subirachs no le tiemble el pulso. Es de suponer, sí, que no le temblará. De entrada, parece dispuesto a instalarse personalmente a pie de obra, o muy cerca de ella. Quiere respirar su aire incluso durante el sueño. Las figuras de la Pasión —¿cuántas, setenta, ochenta?— le están esperando. ¿Cómo concebirá a Judas Iscariote? ¿Y a los hijos de Zebedeo? ¿Y a Jesús, antes y después de su crucifixión? ¿Cómo los diseñará, y qué materiales utilizará en cada caso? A lo mejor, a lo largo del penoso (glorioso) itinerario se caerá una vez, dos veces, tres... Pero se levantará. A lo mejor le harán falta Cireneos. Confiemos en que en nuestra Cataluña olímpica no le faltarán.

JOSE MARIA GIRONELLA